

Hijos de la Montaña

por Ivonne Puma

En las cumbres donde la tierra respira,
donde el aire lleva recuerdos de un tiempo eterno,
se alzó una familia,
no de reyes ni señores,
sino de raíces profundas
y miradas que entendían
el peso de la libertad.

Él,
hombre que caminaba como río indomable,
José Gabriel,
no buscó grandeza ni gloria.
Cargó sobre sus hombros el llanto de un pueblo
y lo convirtió en un grito.
Su voz no era solo palabra,
era tierra que se rompe,
era el viento que no pide permiso.

Ella,
Micaela,
fuerza vestida de ternura,
madre de la resistencia,
supo que el amor verdadero
se mide en sacrificios,
en manos que sostienen un mundo
que amenaza con caer.
No era sombra de nadie,
era montaña que no cede,
faro que guiaba incluso en la tormenta.

Los hijos,
Hipólito, Mariano, Fernando,
brotaron de ese amor
como ramas que desafían el invierno.
Ellos, tan jóvenes,
ya sabían que el horizonte
nunca se alcanza sin esfuerzo,
que el precio de soñar
es cargar con el peso del amanecer.

Cuando las cadenas llegaron,
no los quebraron.
Cuando el verdugo levantó su sombra,

ellos ya eran eternos.
Porque no hay muerte
para quienes siembran su espíritu
en la memoria de un pueblo.

Hoy,
en cada piedra que guarda su historia,
en cada susurro del viento,
vive su legado.
No como héroes inalcanzables,
sino como carne,
como sangre,
como amor que arde.

Ellos no lucharon por ellos mismos,
sino por los que vendrían,
por los pasos que seguirían sus huellas.

Y así,
en el corazón de los Andes,
sus nombres laten
en el pecho de quienes aún creen
que la libertad no se pide,
se conquista.

Son hijos de la montaña,
raíces que el tiempo no puede arrancar,
fuego que ni la horca
ni el olvido pudieron apagar.

Siguen ahí,
en cada mirada que no baja al suelo,
en cada corazón que se niega
a vivir encadenado